

TROPIEZO Y CONTRARIEDAD DE LA BELLEZA TRAMONTO ROMANO

Italia, 1976

A esa hora tensa, tersa, del crepúsculo, no se diría que el Tévere camina hacia el mar, sino hacia el poniente, hacia la encharcada plazoleta del poniente; es como si todo el caudal del río, con terquedad armoniosa, quisiera desembocar en la acumulada luz del fondo. Toda Roma, ya nocturna detrás de nosotros, parece convertirse entonces en un cucurucho, en un embudo de oscuridad que apuntara a ese rincón entreabierto del ocaso; porque, de pronto, todo converge en él -en un raptó de locura mansa- y desaparece unos segundos. Durante el día el cuerpo del río irá engrosándose, abultándose como si aspirase a la escultura, a ser escultura -quizá una de esas estatuas recostadas que representan un “fiume”-, y para ello, todo ha de servirle, no sólo el barro vivo que lleva en sus aguas, sino incluso esas cosas heterogéneas que, al pasar, recoge de sus propias orillas: un tronco, un simple papel, una caja, un gato muerto hinchado, el respaldo de un sillón, pues todo se le convierte en río, en compacta figura de río. Pero en ese puntiagudo momento del atardecer, el Tévere parece renunciar a su ambición corpórea, escultórica, y *diluirse* en algo que no es propiamente agua, sino un líquido más... febril. Después, ya esparcida por todas partes la noche, nos vamos de aquel lugar y hora, no melancólicos y tristes por influjo de la melancolía y la tristeza propias del poniente -aunque también-, sino, sobre todo, como... *contrariados*.

*

Nos vamos de allí, de todo aquello (de todo aquel hermoso y lujoso despliegue de nubes, luces y tonalidades), como contrariados, pero contrariados, ¿a causa de qué, por qué? Ahora ya no se trata aquí de la minadora acción del crepúsculo -el afinado, temperado patetismo del crepúsculo puede producirnos tristeza, pero no contrariedad-; esto de ahora es más bien como un tropiezo; es como si topáramos, de repente, con algo que se opone a nosotros, que se resiste a nosotros y, aunque indefinible, conociéramos ya de antes, pues sin duda es algo que hemos tenido, sentido ante nosotros en otras muchas ocasiones -por ejemplo: ante un torso de Fidias, en un recodo de Venezia, en medio del Generalife, bajo unas palmeras murcianas, escuchando un andante de Mozart, deletreando unos versos de San Juan de la Cruz, oyéndole unas soleares a la propia Niña de los Peines, asistiendo a una media verónica de Belmonte, frente al *Bruto* de Michelangelo, el *Mercurio y Argos* de Velázquez o un dibujo cualquiera de Rembrandt; quizá también delante de unas flores, delante de una copa de vidrio soplado, delante de un vaso de agua, delante de tal rostro-; es algo, en fin, que sin saber qué, por qué ni cómo, nos corta radicalmente el paso.

Eso que tan valientemente y puntualmente nos corta el paso -es algo desde luego, ciego y sordomudo como una pared- no lo tropezaremos sino muy adentro, en el fondo último, o penúltimo, de toda belleza extrema, suprema; porque aquello que nos avenimos a llamar una porción de belleza absoluta viene a ser siempre como una caja de doble fondo: primero, sí, seremos empujados, invitados a entrar; y ya en su interior,

seremos incluso muy vivamente halagados, regalados, pero pronto la muy apetitosa y carnosa belleza ha de mostrarse impenetrable, inviolable, dejándonos, de repente, y a una cierta profundidad suya, como detenidos, como interrumpidos, abandonados a una penosísima insatisfacción. Nuestro encuentro y nuestro comercio con la belleza -con una belleza concentrada, apretada como ésta del atardecer romano al hilo del río-, no es fácil; sentimos muy bien que nuestra relación es incompleta, defectuosa, “interrotta”, pues no nos encontramos jamás dulce y blandamente con la belleza: nos la topamos, y después de unos primeros instantes de exaltación, de arrobo, y de embeleso, desembocaremos en esa... sordera suya inhóspita, desalmada, cerrada, que todos, o casi todos, hemos podido percibir.

Todos, menos el ligero, frívolo, insensato, superficial esteta; porque el esteta, ese buen tontaina que veremos caer de rodillas ante la Perfección -la Perfección Ideal de la Belleza- sale siempre muy satisfecho de su encuentro y su contacto con esa Señora, con esa... Diosa; pero claro, sale siempre muy satisfecho por pura superficialidad, por tontuna, por infantilismo -como se sabe, el infantilismo es una enfermedad, una viciosidad que padecen algunos adultos, jamás la infancia misma, que tiende siempre a ser, y *es* desde sus primeros pasos, maduración, profundización, es decir, *hombría*-; el esteta disfruta muy alegremente, o cree disfrutar, de la Belleza, porque al encontrarse con ella no se le ocurre más que... *manosearla por fuera*, palparla, gustarla, saborearla y... valorizarla, juzgarla valiosa, preciosa, creyendo así, de buena fe, que *eso* es todo. Pero todo *eso*, claro, no son sino... toqueteos epidérmicos, exterioridades, esterilidades. Todo aquello que sucede entre un *espíritu* esteticista y el cuerpo -vivamente carnal y real- de la Belleza, resulta... indecente, porque se trata de algo... externo, sin sentido, vacío de sentido; aquí todo viene a ser ilusorio, insignificante, sin significación, pues el esteta -él, tan beato, tan idolátrico- no se adentra jamás en la Belleza, no se abisma nunca, peligrosamente, en ella, ni, valientemente, la interroga; el esteta piensa, sin más, que la belleza es una especie de golosina, una exquisita golosina de los dioses -él, que tan decididamente no cree en Dios, resulta en cambio que cree, o hace como si creyera, en los dioses, sin duda como un homenaje a *esos griegos* que considera sus parientes-; el esteta se figura que la belleza es eso: un manjar, un manjar de los dioses que los dioses mismos, en un caprichoso y generoso gesto, han colocado en el mundo para deleite de algunos mortales de excepción, sumamente golosos, devotos, fervorosos, y... aficionados. Porque el esteta es siempre un aficionado; nunca, pues, nos recordaría, ni siquiera en medio de sus más delirantes exaltaciones, al profundo amante total, completo, intenso, extremo, es decir, trágico, sino al aficionado, al pueril aficionado. El esteta es un sujeto, a menudo, bastante inteligente, pero aún entonces, muy tonto, muy ocioso, de una innoble inutilidad, de una mísera esterilidad, es decir, sin sustancia real alguna; lo suyo se trata, sobre todo, de una manía, la manía de una afición, la manía de un gusto; piensa que la Belleza es bella, y por eso le gusta, porque es bella, y también porque es valiosa, pero, en realidad... no se sabe en absoluto quién es, o qué es: no la conoce.

Pero la belleza, la terrible belleza está ahí, delante de nosotros sin remedio, inevitable; es algo existente, y evidente que clama, que reclama, que exige, que pide. (Nunca se trata aquí, claro es, de una belleza lineal, formal, abstracta, inhabitada, inanimada, de academia, estética, canónica, sino de una belleza absolutamente viva, palpitante, que, cuando surge, se apodera de todo, lo es todo.) Es inmensa; esta carnosa y sustanciosa belleza es siempre inmensa, descomunal; es casi como un monstruo, y claro, de una fuerza arrolladora inundadora. Cuando la belleza pasa de no estar aún presente a estarlo ya, es decir, cuando nos topamos de cara con su ser, con su ser entero,

de cuerpo entero, se diría que algo -algo que ignoramos- nos ha sucedido en nuestra carne o en nuestra... alma; no es propiamente que de no verla se pase de pronto a verla y nos pueda de pronto sorprender, anonadar, asustar, enamorar, apasionar, aprisionar, anonadar, asustar, enamorar, apasionar, aprisionar, sino como si de no estar todavía se pasara, más aún que a estar ella, a no estar nosotros, ya que casi nos borra, casi nos suprime. La belleza nos arrastra, diríamos, hacia una orilla extrema, última, de nosotros mismos, y nos deja allí, en ese borde difícil, como desprovistos y desasistidos, sin saber qué hacer, sin tener qué hacer.

Porque la belleza nos envuelve siempre en un abrazo demasiado apretado y demasiado grande, es decir, en un abrazo que nos ahoga, que nos sofoca, que nos inutiliza, que nos... *castra*. A una cierta profundidad de la belleza topamos, invariablemente, más que con un obstáculo suyo, con un impedimento nuestro, con una miseria nuestra; es como una incapacidad nuestra, casi física, de abarcar, de aprehender, de poseer su cuerpo entero presente. No nos queda más, entonces, que... irnos de la belleza -irnos de ella y de ese sitio suyo, insondable, en que está siempre-, irnos, y más que tristes, como contrariados, mortificados.

OBRA COMPLETA, Tomo III
Pre-Textos, Valencia, 1994